

mismo que era. Es preciso que alguien, en quien tenga absoluta confianza, ilumine mi entendimiento. Tú me has traído hoy aquí, y yo te anuncio un éxito ruidoso y duradero. En otro tiempo preguntaban riendo si se podía llegar á ser ilustre con el nombre de Pinchart. Tu poema contestará victoriosamente; te hará un nombre grande, soberbio, poético y melodioso, porque evocará la belleza en el espíritu de los hombres; te pronostico el triunfo; pero, en cambio, ve á mi casa para oír lo que llevo hecho de mi nueva obra. Después que hayas dicho lo que de ella pienses, estaré tranquilo, pues tengo en ti una confianza absoluta, una fe ciega. Además, tú no has triunfado todavía, y no serás tan pérfido y cobarde como yo he sido para ti hace un momento. ¿Me prometes ir?

—Sí, iré tantas veces como quieras, mi querido Derstal; pero para adularme te acusas sin motivo. Tú no puedes envidiar nada de lo que yo hago, por la poderosa razón de que eres muy superior á mí.

—Desde hoy no hay quien te sea superior. Huye de las improvisaciones; vive pobre, pero vive independiente. El gran músico lo serás tú: por eso he llorado oyendo tu música.

Cogidos del brazo volvieron á la sala para oír la última parte de *Ariana*.

IV

—¡Hola Jim, querido Jim!..... ¿Qué tal?

Con risas y exclamaciones la familia Brandón saludaba en el salón de su hotel la llegada del pariente esperado. Derstal estaba presente, y acogió con exquisita amabilidad al joven americano. Le pareció más alto, más fuerte y más moreno que á bordo del yate *Ariel*. La explicación de este cambio la dió el mismo Jim. Venía del Colorado, adonde había ido por cuenta de la casa Brandón á visitar las minas de las pampas, y había vivido al aire libre, bajo un sol ardoroso, siempre á caballo ó embarcado, y observando un régimen de vida de los más rudos.

—Al mismo tiempo que mis negocios—dijo,—he hecho un enorme destrozo de caza; y para usted, tía, y para Susana, si es que quiere aceptarlas, traigo unas preciosas pieles de panteras cazadas por mí. Traigo también la piel de un oso, con la que se podría cubrir la cuarta parte de este salón..... Será para el señor Derstal.....

—¿Una piel de oso?—dijo maliciosamente Harry.—Seguramente, Jim, no conoces el significado de lo que ofreces.....

El joven viajero enrojeció, y dijo con el mayor asombro:

—Yo lo hacía con la mejor intención; si me he equivocado, excúseme....

—No hay por qué excusarle—dijo Derstal sonriendo.—Su primo es ya más parisiense que los bulevares, y se complace haciendo chistes en nuestro idioma; pero esto no tiene ninguna importancia.

—¿Estarás mucho tiempo entre nosotros, Jim? —preguntó la señora Brandón.

—Dos meses. Mi tío, que está contentísimo con el resultado de mi expedición, me dijo: «Vete á divertirte á Francia, que bien te lo has ganado.» De modo que cuando recibí la carta de Harry, ya estaba preparando el viaje.

Á estas palabras, que le recordaban la conversación que había sorprendido entre Susana y Harry, Derstal fijó los ojos en su mujer, viendo que enrojecía ligeramente y que á su vez le observaba con disimulo. Derstal permaneció impasible; pero las malas disposiciones de su cuñado, tan claramente puestas de manifiesto por Susana, no le dejaron ninguna duda. Una sonrisa desdeñosa contrajo sus labios, y despidiéndose con altanera indiferencia, dejó á sus parientes entregados á sus confianzas y á sus negocios. Se encerró en su gabinete, y se puso á trabajar en el primer acto de la ópera para Bartisson, que era la música que quería hacer oír á Pinchart.

Éste, al siguiente día de la triunfal primera audición de *Ariana*, había escrito á su amigo una

carta rebosando afectuoso agradecimiento. Le atribuía una gran parte de su triunfo, y pretendía que le había llevado la suerte. Derstal había contestado: «La suerte, mi querido amigo, es el resultado de diez años de concienzudo trabajo y de inteligente paciencia. Unicamente tienen suerte los que valen, y la suerte siempre está justificada por algún mérito. Te felicito por tu éxito, tan grande como legítimo, y te abrazo con todo mi corazón. Ya sabes que un día de estos te escribiré de nuevo recordándote tu promesa.»

Excitado por los artículos que respecto á la obra de su amigo leía en los periódicos, se había puesto á trabajar con el mayor entusiasmo. No salía nunca, y los Brandón apenas le veían. Harry, con su acostumbrada benevolencia, había dicho, en el momento en que Derstal salía del comedor para dirigirse á su gabinete de trabajo, y en voz lo bastante alta para que pudiese ser oído:

—¡Es admirable! Vive aquí como podría vivir en un hotel. No se le ve más que á las horas de comer.

Pero Derstal despreciaba las mortificantes alusiones de su cuñado. Quería acabar el primer acto de su ópera, para hacérselo oír á Pinchart, y, si al leal artista le parecía bien, terminarla, haciendo un esfuerzo de imaginación; y una vez libre del compromiso adquirido y dueño otra vez de sí mismo, dedicarse por entero á *La Veneciana*. Con la maestría, volvería á encontrar la independen-

cia de su carácter y la fiereza de su talento. Todavía tenía la esperanza de poder compaginar las exigencias de la vida mundana con su trabajo. Con persistente optimismo colocaba ante sus ojos el ejemplo de Meyerbeer, que durante su carrera había puesto su inmensa fortuna al servicio de la realización de sus proyectos artísticos; pero olvidaba el hecho esencial é importantísimo de que el inmortal autor de *Los Hugonotes* lo había subordinado todo á la música y sólo había vivido para ella.

Cuando Susana, segura del ascendiente que tenía sobre Derstal, había ido á buscarle, como de costumbre, para arrancarle de su trabajo y llevarse-lo á una fiesta cualquiera, había encontrado una resistencia firme y fría. Sin discutir, Derstal había contestado:

—No tengo tiempo. Estoy realizando una tarea que no admite tregua alguna. Puesto que tú misma has deseado que escriba esta obra, preciso es que la termine. Á ti te debo este trabajo continuo.....

—Sin embargo, yo no puedo resignarme á dejarte solo aquí ni á presentarme sola en sociedad.

—Tienes á tu madre, á tu hermano y á Jim Stewardt, que ha llegado ya.....

Esta vez Susana se enfadó.

—¿Qué significa esta insinuación? ¿Para qué necesito á Jim? ¿Cómo es posible que tú, conociendo los antiguos proyectos de mi familia y el

modo como los rompí, te atrevas á decirme semejante cosa?

Derstal, mirándola autoritariamente, replicó:

—Pregúntaselo á tu hermano.

—No te entiendo.

—Al contrario; me entiendes muy bien, y por eso estás turbada. Eres una mujer honradísima, en la que tengo la mayor confianza. Sé muy bien que es inútil que tu hermano, que no ha recibido odio de mí, trate de desviarte de tu camino; pero tengo interés en que sepas que estoy enterado de sus proyectos. Él ha sido quien ha hecho venir á Jim á Francia para no sé qué obscura trama en la que tu honor y el mío habían de correr el riesgo de verse maltratados, si tú no fueses tan digna y tan altiva. Quiero creer que no piensas ni has pensado nunca que yo sea capaz de renunciar á mi carrera para convertirme en tu paje en los salones. Sería un papel indigno de mí y que me rebajaría á tus ojos. Ya te he dicho que es preciso que trabaje, y te ruego que me dejes trabajar. Diviértete, sin remordimiento alguno, en compañía de tu madre, de tu hermano y aun de tu primo.....

—¡Cuánta amargura, Oliverio! En los primeros tiempos de nuestro matrimonio no pensabas de este modo; razonabas menos y me querías más.....

—No, querida niña, no te quería más; te quería de distinta manera, y, ciertamente, no era el mejor modo de querer. Durante un año he estado enfermo de la voluntad, y mi dolencia me hacía in-

capaz de ningún esfuerzo formal. Gracias á Dios, la crisis ha pasado ya; estoy repuesto, y creo que no es el momento más á propósito para desesperar, Susana, puesto que te anuncio que volveré á ser el hombre que supo llegar á tu corazón. Es el momento de alegrarse, á no ser que uno y otro hayamos vivido seriamente engañados, y prefieras encontrar en mí al compañero dócil de tus diversiones, en vez de encontrar al marido que procura hacer ilustre el nombre que compartes con él.

—¡Oliverio! Lo que me dices me inquieta profundamente—dijo Susana con tristeza.—Adivino el germen de terribles discordancias entre tú y los míos. Voy á tener que escoger entre el género de vida de quienes dependo desde que estoy en el mundo, ó tus exigencias personales, que desde ahora considero justísimas y respetables. Yo seré la víctima de este conflicto. ¿Me sería posible comprar la paz, aun pagándola con mi tranquilidad?

—No te preocupes, Susana—dijo Derstal, moviéndose ante la inquietud de su mujer.—Haré todo cuanto pueda para ahorrarte sufrimientos. No puedes dudarle, pues de ello te he dado ya repetidas pruebas, y te tengo que dar muchas más. ¡Sé mi aliada en la lucha que sostengo contra los otros y contra mí mismo! Te lo recompensaré con largueza.

—En pocas palabras: es preciso que salga sin ti y que te deje solo. ¿Por qué? ¿Qué adelantaría

con quedarme aquí? Tú te encierras en tu gabinete, y mientras trabajas es imposible entrar. Confiesa al menos que la situación es difícilísima para mí, y las preocupaciones de mis padres no carecen de fundamento..... Bueno....., por lo menos, trabaja, y procura acabar pronto.

Susana se había alejado, después de rozar con sus labios la ardorosa frente del artista. Derstal, inclinándose sobre la mesa, había reanudado su trabajo. Así terminó en pocos días el primer acto de su ópera. Lo revisó con cuidado, lo tocó por dos veces, lo cantó, y no quedó del todo descontento. Había tratado la partitura del mismo modo que el autor del libreto había tratado el poema, con un lirismo un poco excesivo, y, contra la técnica moderna, haciendo predominar las voces sobre la orquesta. Le pareció que aquello era más fresco, más vibrante y más en carácter con la obra. Teniéndolo todo dispuesto y arreglado, creyó llegado el momento oportuno de invitar á Pinchart para que juzgase su trabajo, y le escribió. El triunfador de *Ariana* llegó modestamente á pie, con un paraguas debajo del brazo, y causó á los imponentes criados del hotel de los Brandón un efecto de los más desastrosos. El primer ayuda de cámara, que era quien le había conducido hasta el gabinete de Derstal, entró en la repostería diciendo en tono despreciativo:

—¡Pinchart! ¡Es un individuo que se llama Pinchart! Un artista desharrapado, como el yerno de

la señora. Se encerrarán los dos toda la tarde, y dale que le das al piano. Aquí te doy, aquí te pego. Hijos míos, son unas gentes que no pueden ser más vulgares. Verdaderamente, es muy poco halagador servir á dueños que tienen profesión de bohemios.

Mientras se hacían estas lamentaciones, Derstal y Pinchart, ya reunidos, hablaban con afectuosa animación.

—Calcula mi alegría—le dijo Pinchart á su amigo;—desde Viena me hacen proposiciones para estrenar *Ariana* en la Ópera, restituyéndole su primitivo carácter de obra dramática. Me piden que suprima algunos trozos sinfónicos, que entorpecerían la marcha de la acción, y que agregue algunos recitados para realzar las partes de canto. Ya comprenderás que he aceptado. Es toda una fortuna para mí. Mi obra es capaz aún de dar dinero.

Pinchart, hablando de este modo, reía con el asombro propio de un hombre que, acostumbrado á vivir en una modesta medianía, viese de pronto abrirse ante él con imprevista opulencia el cuerno de la abundancia.

—Con *Ariana* te sucederá lo mismo que le sucedió á Saint-Saëns con *Sansón y Dalila*, esa obra maestra que los teatros de Francia desdeñaron y que volvió del extranjero impuesta por unánimes triunfos. La gloria lenta es la más segura. Las apoteosis que iluminan bruscamente el horizonte,

como los castillos de fuegos artificiales, son generalmente poco duraderas: una vez quemado el último cohete, todo vuelve á ser silencio y obscuridad. No hay victoria posible sin resistencia; lo mejor es empezar siendo despreciado, porque así se aparece más grande el día de la consagración; pero no filosofemos. Nos hemos reunido para hacer música, con que toma un cigarrillo y escucha.

—Si no te importa, prefiero mi pipa.

—Nadie vendrá á molestarnos, de modo que puedes hacer lo que se te antoje; además, importa poco.

—Pues la cargo, la enciendo y te escucho.

Derstal empezó. Únicamente los que le han oído saben que es un admirable «virtuoso», un ejecutante prestigiosísimo. Tocada y cantada por él, la música más incolora é insignificante adquiere matices de originalidad y se embellece con gracias fugitivas. Es un prestidigitador extraordinario que hace fulgurar las piedras como si fuesen diamantes, y que convierte los cardos en rosas; pero para un músico como Pinchart todas las seducciones del arte incomparable con el cual Derstal sabía presentar su música tenían forzosamente que ser inútiles. En lo que estaba oyendo podía separar la parte correspondiente á la ejecución, y como volvía él mismo las hojas de la partitura, con perfecta comprensión leía en el pentagrama el pensamiento de su amigo. Le estuvo escuchando durante tres cuartos de hora, cantando con él en ciertos mo-

mentos, marcando el compás en los conjuntos, siguiendo el objeto musical de la obra con atención activa y apasionada. Cuando Derstal, arrastrado por la cooperación de Pinchart y su aparente animación, hubo terminado, hizo girar el taburete del piano, y volviéndose hacia su compañero, le miró fijamente y le dijo:

—Bueno. Ahora dime lo que piensas de esto.

—Que está muy bien — contestó Pinchart, — muy bien. Hay inspiración, soltura, brío. Está llamado á tener un éxito delirante al otro lado de los Alpes. Es más nerista que el mismo nerismo italiano.

Ante esta declaración, tras la cual veía llegar graves objeciones, Derstal palideció; un sudor frío inundó su frente y sintió en su corazón algo así como el peso de una enorme piedra. Con voz áspera, y como facilitando él mismo las objeciones, dijo:

—Pero.....

Pinchart se detuvo un instante; bajó los ojos, pareció buscar las palabras, y en su incorruptible honradez, juzgando que su primera obligación no era otra que la de exponer claramente su pensamiento al que le preguntaba, agregó:

—Pero no es ésta la obra que se espera de ti. Después de *Erin*, que te colocó en primera fila, un juguete brillante, elegante y agradabilísimo, como es el acto que acabamos de oír, te hace bajar algunos grados. Si empezases con esta obra, sería

admirable; á la altura en que estás, es insuficiente. Perdóname que te lo diga, Derstal; pero lo que acabo de oír no es digno de ti. Desconoces tu verdadera situación. Te ocupas y trabajas en una obra en la que no puedes darte por entero, y en la que sólo puede haber una parte de ti mismo. En fin, que no ofreces al público todo tu talento, y pudiendo hacer todo lo que yo sé que eres capaz de hacer, es imposible que des esta obra ahora.

Esta sentencia brotó de labios de Pinchart, cayendo en medio de un doloroso silencio. Los dos amigos evitaban sus miradas. Estaban uno al lado del otro, como si fuesen dos extraños, dos enemigos. Cualquiera hubiera dicho que la franqueza de Pinchart había levantado una muralla de hielo entre él y Derstal. Al fin, y después de un suspiro lleno de angustia, Derstal dijo con voz temblorosa y mirada suplicante:

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—¿Cómo quieres que me equivoque? He resistido á las seducciones de tu ejecución y de tu canto. No obstante, sabes bien con qué facilidad alucinas á tu auditorio. No, Oliverio, estoy seguro de mi juicio. Esta ópera será una obra encantadora; pero no es la que debes dar ahora al público. Te esperan y te acechan. Tienes muchos enemigos y muchos envidiosos. Procura no ponerte al alcance de sus tiros; se complacerían arrastrándote por el suelo. Cuanto más alto estés, más grande será tu caída.

—Pero tú me estás dando una impresión personal—exclamó Oliverio;—no está cimentada más que sobre consideraciones extrañas á la música. En fin, ¿el primer acto te ha gustado?

—Me gusta. Estrenarás esta obra dentro de dos ó tres años, si quieres, y la aplaudirán. Hoy caería sin recurso posible, muerta por sus cualidades, su gracia y su misma juventud. No se trata de complacer á tus detractores, hay que aplastarlos. Creo que me comprendes bien. Ahora, y puesto que tú lo quieres, veamos musicalmente las causas de mi juicio.

Cogió la partitura, la puso en el atril, se sentó al piano, y haciendo la crítica de la obra al mismo tiempo que la tocaba, fué demostrando su gracia, su facilidad y su encanto; pero también toda su picardía. Con inexorable competencia desmontó todo el andamiaje de la complicación técnica, tan ingeniosamente armado por su amigo, sólo para hacerle notar que había sido hábil hasta el extremo de parecer ficticio.

Como un condenado á muerte, Derstal le escuchaba, sin poder contestar una palabra. Pasó un momento, y una oleada de sangre afluyó á su rostro; sus dientes se apretaron y su rostro adquirió expresión desdefiosa.

—Abusas de tu éxito para anonadarme—dijo. —Hace un mes no te habrías atrevido á hablarme como acabas de hacerlo. Ya no tengo un amigo en ti; tengo un rival. Obedeces á consideraciones

personales, tratando de introducir la duda en mi espíritu; quieres descorazonarme, matarme moralmente.

—¿Derstal!—exclamó Pinchart estupefacto.— ¿Eres capaz de sospechar de mí? ¿Me acusas de una acción tan miserable? Si fuese capaz de lo que me reprochas, preferiría cien veces no volver á escribir una sola nota de música. ¿Yo pensar en hacerte daño, cuando querría ayudarte, infundirte valor, fortificarte?.... Me haces mucho daño; me tratas con una crueldad que no he merecido....

—¿Qué pruebas tengo de tu sinceridad?—replicó Derstal enfurecido.— En estos tiempos la competencia es tan dura, que todas las maniobras son buenas para llegar al triunfo. Entre el éxito definitivo y tú, yo puedo ser un obstáculo, y tratas de quitarme de enmedio. ¿No he visto las peores acciones, las más desleales y feroces, cometidas por artistas en contra de sus amigos en el arrebato de la lucha? Se lanzan calumnias en los periódicos, se hace insultar por asalariados, se inventan las más terribles maquinaciones para reducir á la nada los esfuerzos de un rival. Yo, que he asistido y frecuentado esta cocina del envenenamiento literario que se llama crítica; yo, que he visto reír burlescamente á los infames, midiendo los efectos de su veneno, y frotarse las manos oyendo los gemidos de las víctimas, ¿quieres que crea en tus protestas? Me tomas por un inocente

mucho más grande de lo que soy. En nuestro malsano ambiente del arte todo es posible, Pinchart, y todas las infamias parecen naturales. Los compositores pueden ser tan hipócritas como los literatos, cuando se trate de ser verdugos y darse aires de hombres de bien.

—¡Desgraciado! ¿Has llegado hasta semejante extremo de perversión moral? ¡Cuánto te compadezco y cuánto debes sufrir! Si yo hubiera adivinado el estado de tu espíritu, me hubiera callado. Yo tengo la culpa. Derstal, no he querido engañarte; te he hablado como hubiera deseado que me hablasen á mí mismo. Pero no por esto voyas á tomar mi juicio como definitivo. Después de todo, y como tú decías muy bien no hace mucho, yo no hago más que darte una opinión personal; puedo equivocarme.....

Con un gesto, Derstal hizo que se contuviese:

—No trates ahora de alabar lo que antes criticabas. ¿Cómo quieres que tenga confianza en ti, cuando dices que es blanco lo que hace un minuto decías que era negro?

Pinchart no supo qué contestar. Derstal, entristecido, se dejó caer en una silla, y dijo:

—¿Estará vacío mi cerebro? ¿Tendrá razón el imbécil de Harry cuando dice que sólo soy un agotado? ¿Es que sólo tenía ideas para escribir *Erin*, y ahora estoy condenado á la más desesperante esterilidad?

Se levantó de un salto, corrió hacia un mueble,

lo abrió, y tomando la partitura de *La Veneciana*, dijo:

—Si verdaderamente eres amigo mío, Pinchart, hagamos una última prueba. Escucha, compara y juzga.

Empezó el prelude del segundo acto, y en medio del profundo silencio que reinó, sus labios murmuraron el canto de los gondoleros, la deliciosa frase del tenor, y luego el gran dúo de amor. Pinchart, trémulo de gozo, oía aquellas notas, que, después de sus recientes angustias, le hacían el efecto de una oleada de confortante sonoridad. Sin poderse contener, exclamó:

—¡Qué hermoso es esto! ¡Esta vez eres tú, eres tú! Eso es Derstal puro, y de lo más potente que ha brotado de tu pluma. No dudes de ti mismo, pues nunca has estado más inspirado. Continúa..... continúa..... Al escucharte siento indefinible felicidad..... Este, éste es el buen camino..... Por esta vez has acertado con el camino que conduce á la gloria.

Derstal, exaltado y febril, continuó tocando por espacio de media hora, y cuando, palpitante de emoción, se separó del piano, vió á Pinchart que le seguía escuchando con los ojos cerrados, la sonrisa en los labios y como embriagado por el encanto de su música.

—¿Cuánto te falta escribir para terminar la partitura?—preguntó el autor de *Ariana*.

—Poco menos de un acto. La mayor parte del

tercero y algunos trozos del cuarto están hechos.....; pero necesitaría tres meses para terminarlos.

—Pues hazlo.

—¿Y de qué modo? Sería preciso marcharme de aquí, aislarme completamente. Ya has visto lo que puedo escribir, dadas las condiciones en que vivo: música de habilidad y de efecto, como con tanta razón la has calificado hace un momento.

—¿Ahora me crees?

—Después de haber vuelto á oír mi *Veneciana*, soy más de tu opinión de lo que tú mismo puedes serlo.

Dichas estas palabras se puso de pie. En la chimenea ardía un gran fuego, y recogiendo con gesto desdeñoso las hojas de la partitura destinada á América, las arrojó á las llamas.

—¿Qué haces?—exclamó Pinchart asombrado.

—Sanear esto—dijo fríamente Derstal.

Encendió un cigarrillo, lanzó algunas bocanadas de humo, y, como si resumiese su pensamiento, añadió:

—Para mí es cuestión de vida ó muerte. Recobraré mi libertad ó pereceré, desde el punto de vista artístico. Tú has visto primero lo que he conseguido hacer en medio del barullo de esta casa y con la charla cosmopolita que hiere continuamente mis oídos. A continuación te he hecho oír lo que escribí en Venecia, en la calma profunda de un retiro, en donde nadie sospechaba mi per-

sonalidad. Preciso es que escoja entre renunciar á mí mismo, es decir, á mi carrera, á mi porvenir, á todo lo que vale la pena de vivir, ó salir del mundo en que mi matrimonio me ha metido. Tú comprendes que éste no es un problema de fácil resolución y que me veré precisado á sostener luchas terribles.

—Tu mujer te quiere.

—Sí; pero ella se encontrará en una situación mucho más difícil que la mía. Tendrá que luchar con su familia, las gentes que la rodean y con sus gustos y costumbres.

—¿Crees que vacilará en seguirte? Porque es preciso que te siga.

—Dueña absoluta de sí misma, no vacilaría un momento; pero tendrá que sufrir influencias ajenas: la aconsejarán del modo más perjudicial para mí.

—¿Cómo? ¿Sus padres y amigos no son de juicio recto y sano?

—¡Qué bueno eres, Pinchart! ¿Es que tú no has luchado nunca con el egoísmo? Y, además, ¿ese egoísmo estará al lado de los que aconsejarán á mi mujer que prefiera su vida de placeres, ó estará del mío, que la pediré que lo abandone todo, su familia, su casa y su lujo, para vivir en reclusión, con el único objeto de asegurar mi porvenir y mi gloria?

—Pero, Derstal, las costumbres comunes á todos los hombres, los usos sociales y la ley te dan